

EL LIBRO DE "LIBRA"

A Joaquín Garrigues Walker —crea él—, un libro lo va a ayudar a triunfar, para que después diga la revista del INLE. Es un libro de más de mil páginas, que ha escrito el grupo de estudios que dirige, «Libra», que viene a ser algo así como la Fedisa de las multinacionales y los Rockefeller. (Para que vean: como en

Nueva York, en Madrid ya tenemos el Rockefeller Center; son, naturalmente, los hermanos Garrigues Walker, muy de centro ellos).

El libro de «Libra» tiene poco que ver con los que edita Plaza y Janés; ni siquiera tiene el tirón de «best-seller» del catálogo de Grijalbo; no es tan quiosquero como los libros de Sedmay. Porque es un estudio de marketing sobre las condiciones que ha de tener el líder político español del futuro más inmediato. Un libro que sirve para ver cómo está el patio, vamos...

No, no vaya usted a ninguna

VOLVER LA PAGINA

A HORA que todo el mundo dice que hemos entrado en una nueva etapa histórica, ahora que sin comerlo ni beberlo se encuentra uno con que de pronto pasea sus huesos de ciudadano bajo una monarquía, ahora que estamos al final del famoso noviembre de 1975, es el momento que uno ha elegido para mirarse al espejo y recitar este monólogo interior: nací en 1936, año de mala gracia, en que dio comienzo aquella traca siniestra; un cura de misa y olla a los ocho días me sanó el pecado original con sal y agua bendita; por delegación en un tío mío que era habilitado de Hacienda en Zaragoza me pasaron por el manto de la Virgen del Pilar; las primeras diarreas infantiles me las remediaron con puré de algarroba y los estreñimientos con lavativas de agua tibia. De esta forma alcancé el uso de razón, llegué a esa edad en que, según los sacerdotes del templo, uno está perfectamente capacitado para caer en el infierno. En aquel tiempo se tocaba mucho el tambor, se desfilaba con fusil de madera, se aprendía a deletrear el catón brazo en alto, los maestros no depurados nos hablaban del imperio y se ensalzaban mucho los valores de la raza en un país hambriento lleno de mendigos y tuberculosos. En aquel tiempo no se votaba. Con un boniato en la mano izquierda y con un tebeo del Guerrero del Antifaz en la derecha, después de haber conseguido que no le mataran a uno las bombas que se habían quedado en el monte sin hacer explosión, me salió el primer acné y entré en la pubertad bajo el fuego cruzado de las amenazas morales. En aquel tiempo tampoco se votaba. Las primeras cuitas del sexo me las curaba con sabatinas, leyendo Energía y Pureza, de Thiamer Thot, y acudiendo regularmente a un confesionario de nogal con olor a picadura selecta. Y así me fumé el primer cigarrillo Bubi, escuché en la radio Telefunken la voz de Matías Prats, que narraba la epopeya del gol de Zorra, en Maracaná, y quedé a la espera del advenimiento del reino de la Coca-Cola. En aquel tiempo tampoco se votaba. Sin embargo, aparecieron los primeros cacharros de plástico. Y con la llegada de la Vespa y mientras Lorenzo González cantaba Cabaretera, uno comenzó a no dar, por supuesto, que España estaba dividida en buenos y malos, según el reglamento oficial. El biscuter fue el ratón que parieron los montes de la autarquía, y en vista que el ciclo del tambor no daba para más, vinieron los tecnócratas con la coyuntura y Romano Guardini, con los royalties y el colonialismo industrial, abrieron las puertas para que entraran los bikinis y se marcharan los obreros a Alemania y uno se quedó dentro, rodeado de aparatos con patente extranjera, rellenando quinielas, buscando libros prohibidos, oyendo Radio París, viendo la repetición de las jugadas en el televisor, comprando camisas de terlenka, pensando en la parcelita, veraneando en un pisito de la costa detrás de la colada de un francés. Y sin votar. Porque en este tiempo tampoco se votaba ni loco. Ahora que todo el mundo dice que hemos entrado en una nueva etapa histórica y que, sin comerlo ni beberlo, se ha convertido de la noche a la mañana en súbdito de la corona, uno en su modestia, aunque sólo fuera por probar, después de tantos años, por primera vez, quisiera echarse una urna libre a la cara. ■

VICENT



librería pidiendo el libro de «Libra». Aparte de que le costaría un ojo de la cara (un millón de pesetas), el libro de «Libra» ni se compra ni se vende, como el cariño verdadero y como las obras completas de Aparisi Guijarro. Parece que el libro de «Libra» sólo lo podrán comprar las

filiales regionales de la sociedad, para que a su vez comprueben cómo está el patio y sepan cómo disfrazarse de liberales y democráticos, que esta temporada se va a llevar mucho. (Un amigo mío, totalitario de toda la vida, se afeitó ayer el bigotito y ya ha convencido a media docena de



Joaquín G. W.

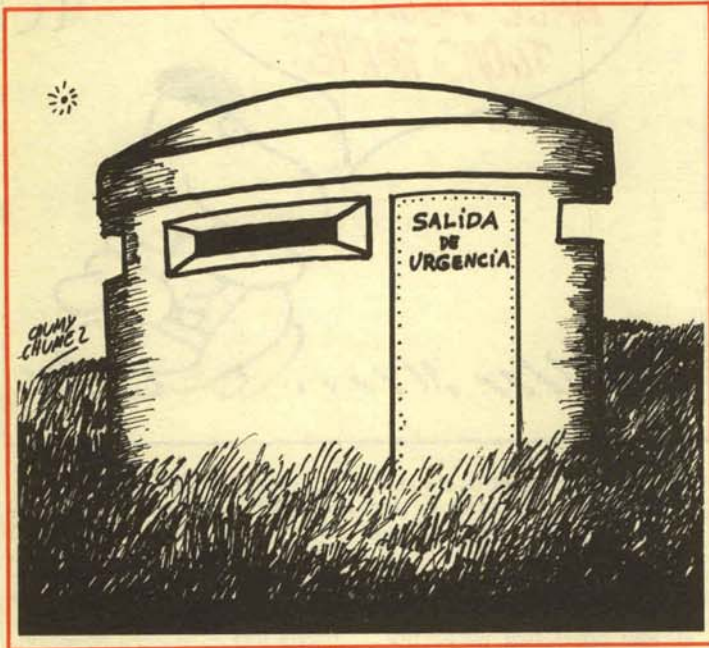


Antonio G. W.

que él era liberal y democrático de toda la vida, y que tiene un respeto por las posturas socializantes que no se pueden hacer ustedes idea...).

¿Un millón de pesetas dice usted que le ha costado a «Libra» el libro para saber cómo está el mercado político, no? Bueno, pues de ese millón de pesetas sobran todas. Para saber cómo está el mercado político no hace falta escribir ningún libro, ni comprar

no hay forma de desenredarse. Todas quieren salvar al país con las mismas palabras. Porque aparte de palabras, poco más están trayendo las asociaciones, de modo que cuando concurren al proceso electoral —en cristiano, urnas, para que se vayan familiarizando demoniacamente con la palabra que nos obsesiona a unas perversas minorías subversivas—, tendrán que ponerse motes, o colorines, o burritos y ele-



lo, ni leerlo. Para saber eso, los griegos descubrieron ya un aparato muy útil, que se llaman urnas. Claro que las urnas quizás no ayuden a triunfar a Garrigues Walker. Para estas cuestiones, un libro sí ayuda a triunfar. Y se trata obviamente de que quien triunfe se llame Joaquín Garrigues Walker y esté instalado en lo más multinacional del Spanish Rockefeller Center. ■ T. M.

¿SON LOS PROVERISTAS DE LA NUEVA IZQUIERDA NACIONAL?

Méno a Cantarero, que se le conoce a chorros por su renuncia al campamento azul de su pasado, y a la UDPE, que se le nota lo que es en cuanto asoman la oreja dos o tres ex-gobernadores civiles, en las demás asociaciones se arma uno un bodrio del que

fantitos o cosas así, porque no hay modo de identificarlas.

Pueden hacer conmigo una prueba. Me encuentro en los periódicos con los idearios de dos asociaciones: los proveristas (esos que a todos en el fondo nos caen simpaticos, porque parece que no se están comiendo una rosca en este pasodoble nacional) y la recién autorizada Nueva Izquierda Nacional. Para que se diviertan con una cosa tan árida, pongo al azar puntos programáticos de unos y de otros, y les doy un número:

1. «Los derechos del trabajador en todos los órdenes deben ser preservados y ampliados».
2. «Ser radicalmente demócratas y europeístas, contrarios a toda dictadura, totalitarismo o personalismo».
3. «La dignidad, la integridad y la libertad del hombre hallan en el cristianismo su más bella y exacta expresión».
4. «Un Gobierno democrático descentralizado y una oposición constructiva, pronunciándose a favor del sufragio popular».

Teniendo una vaga idea de lo que son los proveristas («pro veritas») y viendo lo de Nueva Izquierda Nacional, cualquiera podría pensar que los puntos 1 y 3

LA TORTILLA

DE unas semanas a esta parte no cesan de pasar por mi teléfono proposiciones de entrevistas de colegas extranjeros lanzados en paracaídas sobre España para enterarse más de lo que va a pasar que de lo que pasa. Con todos ellos sostengo un diálogo tipo que, más o menos, es éste.

- ¿Qué va a pasar?
- No lo sé.
- ¿Tendrán Vds. una democracia occidental o habrá una revolución y vendrá una democracia oriental?
- Aún queda otra posibilidad.
- ¿Cuál?
- La de una democracia africana.
- ¿Cree Vd. en los sinceros propósitos democráticos del futuro Rey?
- Hasta ahora todo el mundo ha hablado por él. Desde los legitimistas de 18 de julio hasta los legitimistas del 14 de abril, pasando por los legitimistas de todas aquellas fechas que han ido dejando bolsas de legitimistas más o menos marginales, pero no ha hecho otra cosa que ir creando legitimismos.
- ¿Quién es Viriato?
- Es inútil. No me entendería Vd. Es como si le hablara de Numancia.
- ¿Qué es Numancia?
- El Alamo (eso si hablo con un paracaidista norteamericano) o Verdún (si hablo con un paracaidista francés).
- ¿Qué tanto por ciento daría Vd. a los comunistas?
- ¿Se refiere a la población penitenciaria?
- No. No. Al censo electoral.
- ¿Ah, pero se va a poder elegir a los comunistas?
- Eso es lo que le pregunto yo a Vd.
- No me haga preguntas subversivas, por favor. Aquí va a haber un ensayo general de democracia segregacionista, es decir, se va a dar un paso más en el intento de hacer la tortilla de patata sin huevo.
- ¿Qué es una tortilla de patatas?
- Bueno hijo (o hija). Si Vd. no sabe lo que es una tortilla de patatas, ¿para qué coño le han enviado a hacer un reportaje sobre el futuro político de España?
- Les explico pacientemente cómo se hace una tortilla de patatas. Perplejidad.
- ¿Y eso está bueno?
- Buenísima.
- Y sin huevo, ¿no saldría?
- No saldrá, pero se intentará.
- Y si no sale, ¿qué pasará?
- Dependen de quién o quiénes fracasan en el guiso fraudulento, o de quién o quiénes reciben la **SIXTO CAMARA** insuficiente tortilla por la cabeza. ■

